Webinar del Grupo de Meditación de Triángulos – 11 de septiembre de 2023

La Gran Invocación: Segunda Estrofa

Michael Galloway

Hoy nos enfocaremos en la segunda estrofa de la Gran Invocación y antes de comenzar me gustaría leerla:

Desde el punto de Amor en el Corazón de Dios
Que afluya Amor a los corazones de los hombres.
Que Cristo retorne a la Tierra.

Esta es la versión original y, por supuesto, muchas personas usan la versión adaptada que tiene exactamente el mismo significado, pero en la cual la palabra "corazones de los hombres" se reemplaza por "corazones humanos" y "Cristo" con la frase "Aquel que viene".

Esta segunda estrofa se centra en la invocación del Amor de Dios. El amor desempeña un papel vital en la evolución de todas las cosas y es tan relevante para el hombre o mujer que vive enteramente en el mundo de la forma, como lo es para el Logos mismo. Se dice que el amor es la ley básica de nuestro sistema y que opera en todos los planos. Es la fuerza impulsora de la evolución misma y el motivo subyacente de toda manifestación. La Voluntad de Dios es Amor, y es Su Amor, su Voluntad, lo que sostiene toda la creación, sosteniendo su progreso en una secuencia ordenada. El Amor de Dios, como Cristo, hace posible la salvación del alma humana. El amor es una gran fuerza unificadora; es a la vez el "Verbo Encarnado" y el camino de regreso al hogar del Padre. Al mismo tiempo, el amor despierta cada poder divino del alma humana, proyectándola hacia adelante, en tiempo y espacio, hacia la plena manifestación de su potencial divino.

Cristo, conocido también como el Instructor del Mundo, Maitreya, Aquel que Viene y con muchos otros nombres, encarna este amor en Sí mismo en la medida perfecta. A través de Cristo, a través de Su amor, nosotros, las llamadas "almas que miran hacia abajo", podemos recorrer el Camino Superior y llegar a conocer a Dios. Cristo se refiere a algo más que la personalidad, algo más que el salvador histórico de la Religión Cristiana. Él es el fundador del Reino de Dios, el augusto Guía de la Jerarquía Espiritual y, como tal, encarna uno de los tres grandes principios de la Divinidad en nuestro planeta. Como Cristo Cósmico, Él está "eternamente en la cruz, pero eternamente vivo". Y como Cristo personal inmanente en cada corazón humano, Él es "la esperanza de Gloria" que permanece oculto dentro de la forma no manifestada hasta el momento en que esa forma "muere a la vida", y resucita su conciencia.

Cristo ha abierto el camino de regreso al hogar del Padre; la historia da testimonio de cientos de grandes santos, hombres y mujeres santos de todas las tradiciones y religiones que, como Cristo, han triunfado sobre el pecado y la muerte y le han seguido a la "Tierra Santa". Su recompensa es una capacidad de amar cada vez mayor, de servir a la totalidad y de iluminar el camino de los demás.

Una de esas mujeres fue Santa Catalina de Siena, una mística cristiana del siglo XIV cuyo principal tratado, *El Diálogo de la Divina Providencia,* dice mucho sobre la naturaleza del amor y la relación entre Dios y el hombre. El tratado, dictado por Catalina mientras estaba en éxtasis místico, se presenta como una

conversación entre un alma y Dios. Busca demostrar cómo un alma puede alcanzar la unión con Dios a través de actos virtuosos.

Ella creía que el amor comenzaba con el conocimiento y la práctica de las virtudes ordinarias, y que éstos son el único medio por el cual uno puede empezar a revestirse con la verdad. Para ella, esta verdad precede a la unión, una unión que, en última instancia, sólo se logra mediante la oración que debe realizarse con "conocimiento de uno mismo y de Dios". Tal oración, escribió Catalina, “une con Dios al alma que sigue los pasos de Cristo crucificado…” A sus ojos, Cristo es el mediador, el “camino de la salvación” entre el alma mortal del hombre y el Amor ilimitado e incognoscible de Dios.

En su sabiduría ofrece consejos bastante prácticos. Ella escribió que todas las virtudes del hombre no se encuentran en sí mismo, ni en su propia alma, ni siquiera en Cristo, sino en el prójimo, ya que sólo a través del amor al prójimo puede despertarse la propia virtud. No hay virtud aparte del amor al prójimo. Sólo a través del cultivo del amor por los demás podemos comenzar a recorrer el camino hacia la unión con Dios.

De forma similar a Santa Catalina, Alice Bailey también ofrece consejos muy prácticos en su libro *De Belén al Calvario.* Ella aconseja “la obediencia a lo más elevado que uno conoce, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes…” afirmando inequívocamente que este es el secreto del Sendero, del Sendero de Retorno. Paso a paso, Cristo siguió la voz interna de Su conciencia y respondió infaliblemente al llamado de Dios. Incluso siendo niño se ocupaba de los asuntos de su Padre, sin dejar tiempo para la frivolidad. En Hebreos leemos que Cristo “aprendió la obediencia por las cosas que padeció”. Sin embargo, la obediencia perfecta incluso a los impulsos divinos más pequeños, con absoluta intrepidez y abnegación, condujo al sencillo hijo del carpintero de Nazaret hasta el mismísimo Monte de la Ascensión. En palabras de Bailey: “Él… nos reveló lo que Dios podía ser y hacer en el hombre” si seguimos nuestra conciencia y cualquier destello de luz, pequeño o grande, que podamos ver.

La renuncia total a uno mismo también fue defendida por Santa Catalina de Siena, quien sugirió cultivar un "odio divino hacia uno mismo" para eliminar todas las barreras al libre flujo del amor de Dios. Es curioso reflexionar sobre lo que ella quiso decir con una afirmación tan paradójica como "odio divino", pero es probable que quisiera referirse a la renuncia contundente e inequívoca al egoísmo hasta tal punto que el concepto mismo de limitación egoísta, y del yo en conjunto, se borrara totalmente de la propia conciencia.

Esto es distinto, pero no tan diferente, del concepto de impersonalidad que a menudo se enfatiza en los escritos del Tibetano. El Tibetano afirma que “la impersonalidad es el primer paso en el camino hacia el amor y la comprensión espirituales”. Una afirmación muy profunda que no debe subestimarse. El Tibetano escribe que el amor nunca se construye desde abajo. No se alcanza mediante un esfuerzo incansable por tolerar a los demás, ni con una fuerte voluntad de ser amoroso, sino mediante el total olvido de uno mismo y por tanto de toda limitación personal. Cuando eso se logra, entonces el amor fluye sin obstáculos desde Dios a través de Cristo y hacia el alma. En palabras del Tibetano: "El amor es espontáneo y lleva siempre el libre espíritu crístico". Este espontáneo y libre espíritu crístico es lo que la segunda estrofa de la invocación busca despertar en el alma de la humanidad.